

II-256(4) p.10
RECUERDOS

DEL NORTE

I

El Derrotero del Cenizal

CUENTO MINERO

POR

OMER EMETH



1908

AAC 8431

7-

@ Recuerdos

del Norte

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

PREFACIO

Este folleto es una simple reimpression destinada a satisfacer la curiosidad afectuosa de algunos amigos.

Consta de dos partes: siendo la primera una carta i la segunda un cuento.

La carta es la relacion de un hecho real i el cuento se refiere a una expedicion de cateo en que tuvieron parte el autor de él i dos personas mas.

No se ha querido dar a los tres expedicionarios sus verdaderos nombres, obe-

deciendo en esto a razones que saltarán a la vista de quien lea *El Derrotero del Cenizal*.

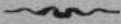
Esto no quita que dicho cuento sea tan históricamente real como la carta.

Esta fué impresa en Valparaíso i publicóse a raíz del acontecimiento. Habiéndose agotado los ejemplares de la edicion primitiva se la reimprime hoy sin cambio ni adición.

El cuento apareció por primera vez en «El Mercurio» del 31 de Diciembre de 1906, bajo la firma de Omer Emeth.

Destinada por su autor a ser obsequiada a sus amigos, esta reimpresion no saldrá de la circulacion privada.

NOTA:—La presente edicion es solo de 100 ejemplares.



MI PÉRDIDA
EN EL DESIERTO

*San Pedro de Atacama,
Julio 17 de 1890.*

Sr. Presbítero D. Domingo Méndez,
ANTOFAGASTA.

Apreciado señor i amigo:

Recibí su carta del 9 de Julio, en la que usted se sirve manifestarme su alegría por mi salvacion i el deseo que usted tiene de saber todos los detalles de mi accidente.

Pues bien, estimado amigo, voi a tratar de satisfacer sus deseos, haciendo votos para que esta relacion sea para usted interesante, aun cuando el asunto a que se refiere haya sido atrozmente aburridor para mi.

Usted recordará que el miércoles 2 de Julio le avisé por telégrafo que deseaba ir a Toconao con el objeto de bendecir un matrimonio i dar a los niños de este anexo una misioncita para prepararlos a la primera comunión.

De acuerdo con el novio, que me debia servir de mozo, resolví salir el jueves a las 12, para llegar al anochecer i principiar mi trabajo.

Este mismo dia el viento principió desde temprano a soplar con una fuerza inaudita. A las diez ya el temporal estaba desencadenado. Todos los que me vieron prepararme para salir me disuadían, pero, ignorante de la gravedad del

peligro que me esperaba, no quise oír ningún consejo. Me humillaba el pensar que un ventarrón pudiera acobardarme e impedirme cumplir la palabra que habia dado a los Toconaones. Por fin a las doce salí. Apenas fuera del pueblo, el viento principió a hacerme sentir su fuerza. Pero yo me alegraba de ello, porque como todas sus fuerzas se hacian sentir por atras, me parecia que el caballo andaria mas ligero, i mi cabalgadura i yo haríamos lo que hace el barco empujado por el viento. Dí con las espuelas al caballo i en un momento estaba léjos en medio del arenal.

Anduve, anduve sin descanso durante una hora. Cuando ya quise descansar por un momento, ví que no encontraba el camino. Cierta ansiedad se apoderó de mí. ¿Estaré perdido? me decia a mí mismo. Esta pregunta me atemorizó. Quise entónces orientarme; pero la pol-

vareda enorme levantada por el temporal no me dejó ver ningún punto que pudiera servirme de guía. ¿Qué hacer? Resolví retroceder a todo escape, mas esto era lo difícil. Al dar la cara al viento me parecía que me iba a volar la silla. La tierra me cegaba i me llenaba la boca. El caballo, al poco rato, padeciendo el mismo inconveniente, rehusaba el andar por mas que le diera con las espuelas. Dió la vuelta i emprendió, en sentido contrario al viento, una carrera desenfrenada, con una lijereza que yo desconocia. Si no caí, se lo debo a Dios, quien me guarda, porque en circunstancias de ménos lijereza en el andar me han botado varios caballos. Al cansarse el caballo i tomar una marcha mas tranquila lo dirijí hácia el cerro de Toconao, creyendo que forzosamente tenia que cruzar el camino que se dirige hácia este pueblecito. Anduve con ansiedad i con-

fianza, a un mismo tiempo, durante cinco horas.

A eso de las 5½ P. M., bajé del caballo para hacer onces. Al salir de Atacama habia echado en una alforjita algunos víveres con este objeto, pero cuando la busqué no encontré ni víveres ni alforja. En la carrera se habian caído.

Desde luego estaba yo en ayunas o poco ménos desde el miércoles a las 12.

Ese dia tuve fiebre i en la tarde no comí, el juéves dije misa tarde i como tenia que viajar no almorcé sino mui poco, por miedo a las incomodidades que siento cada vez que voi a caballo despues de una comida. Usted comprenderá que mi estómago estaba vacío, i sintiera hambre. Pero lo que mas me atormentaba era la sed. Viéndome sin onces, tuve un rato de mal humor i, en *avant!* vuelta a andar! ¿Dónde está

el camino? he aquí la pregunta que a cada segundo me dirijia a mí mismo. No hubo contestacion.

Vino la noche i ya me encontraba en un paraje enteramente desierto. Todo era piedras i mas piedras. A cada momento una quebrada que habia que salvar, una piedra que hacia tropezar al rocinarte. ¡Qué momentos tan lúgubres! Decirle lo que yo pensaba me horroriza ahora! Solo, solo! i sin agua! i sin luz! Cuando llegaba al borde de una quebrada lanzaba una piedra para que con el sonido que diera al llegar al fondo pudiera tantear su profundidad. Ese sonido se repercutia en mi corazon i me hacia estremecer. Sin embargo me dominé, pues hice un esfuerzo de voluntad como jamas lo hiciera anteriormente i me serené. I, mientras tanto, iba subiendo la pendiente de la cordillera casi sin sentir. Mi caballo principia a flaquear, ¡pobre ani-

mal! cuántos galopes habia dado en la llanura....

En medio de esta affixion salió la luna, a la que saludé con amor, le aseguro, pues me salvaba con su luz del peligro de caer en los precipicios que se iban a cada paso multiplicando en mi camino. Anduve hasta las diez o doce. A esa hora el caballo se apuna(1) i rehusa de andar.

Me apée. Estaba en una quebrada llena de tolas, yerbas secas que arden como fósforos. Desensillé i preparé mi cama. En una piedra cavada por las aguas en forma de baño deposité una gran cantidad de tolas secas, encima tendí los pellejos i otros objetos de ensillar, con la silla me hice un almohadon i, despues de ama-

(1) Apunarse es, en lenguaje atacameño, padecer dificultades en la respiracion, a efecto de la altitud.

rrar el caballo poniendo unas cuantas piedras sobre la rienda, me tendí sobre mi cama. ¡Ai! amigo, no era por cierto mui blanda, sin embargo la encontré mui pasable i mis huesos adoloridos descansaron un tanto merced a ella. Pero el sueño no vino nunca. Por toda frazada tenia mi poncho, el que, aunque ancho i grueso, no alcanzaba a cubrirme. I hacia un frio! Bástele recordar que me encontraba en la cordillera para imaginarse qué frio haria en una noche clara, sin la menor nube, i con un viento norte que no descansaba en su furia.

Me quedé como tres horas, por momentos bajo el poncho i por momentos sentado, tiritando de frio i tosiendo, pues para colmo de desgracias tengo desde unos 20 dias una tos mui fuerte, que cojí al ir a confesar una muerta, es decir una persona que encontré muerta, a pesar de haber andado corriendo por

las calles, sin acordarme del *Nil nisi grave* del Concilio de Trento. Con esta carrera me resfrié i de ahí mi tos, que se fué a agravar en esa triste noche del juéves.

Al amanecer, el frio fué tan grande que temí helarme. Para evitarlo acopié tolas encima de las que me habian servido de cama i les prendí fuego. Así pude calentarme un poco. En esa triste noche inventé un procedimiento para calentarme que encontré mui práctico. Se lo voi a enseñar con toda jenerosidad, por si acaso, aunque, gracias a Dios, usted no tendrá nunca que usarlo en esas cordilleras.

Encendí unas cuantas tolas encima de una capa de arena, en un rincon formado por rocas cortadas en ángulo recto. Cuando despues de un cuarto de hora las tolas fueron reducidas a cenizas, con unas ramas secas barrí el lugar, a imita-

cion de lo que hacen los panaderos en sus hornos una vez calentados, i me senté encima de la arena caliente doblando mis piernas debajo de mí, como los sastres; con mi poncho me envolví i debajo de esta campana formada por mi sotana i lo demas, logre conservar el calor i dormir hasta las siete de la mañana.

Cuando desperté, tuve vergüenza de haber dormido tanto i, despues de rezar un Padre Nuestro i una Ave Maria, ensillé mi compañero, mas ¡desgraciado de mí! fué este trabajo perdido. Cuando subí en el caballo, éste parecia ser de goma i se dobló casi bajo mi peso. Triste augurio! Le dí con la espuela suavcito i no se movió, volví a darle mas fuerte, inútilmente; entónces me dió cólera i le clavé ambas espuelas. Pero todo fué en en vano. Rocinante se paró en dos patas i al caer casi se dió vuelta, pero no dió

un solo paso. Temí cosas mayores, verbi gracia, que me aplastara una pierna o cosa por el estilo. Me apée i lleno de fastidio me puse a reflexionar.

Mi primera reflexion fué esta: ¡Esto tiene cara de requiem! Estás embromado, amigo, i si la Vírjen no te saca de aquí vas a perecer!

Desde luego tenia mucha hambre, pero la sed era mayor todavia. En el caballo tenia con que calmar una i otra, Pero el caballo no era mio. Que si hubiera sido de mi propiedad, su vida concluia allí, con una piedra(1) le aplastaba la cabeza i lo carneaba. ¡Dichoso fué de ser cosa ajena!

Reflexioné sobre esta carneadura largo rato. Saqué mi cuchillo i lo afilé, por si

(1) Algunos lectores me han advertido que semejante procedimiento, a mas de cruel, no habria dado resultado.

aquella que heredó de su abuelo el papelito que os señalo!...»

Triunfaba don José Antonio... Me dí por vencido i convencido, pues, ¿cómo resistir a pruebas tan indiscutibles?... Don Heriberto, el subdelegado, se levantó de su asiento i ambos estrechamos con efusion la mano del feliz chileno que con un tiro cazó dos perdices, es decir: una hermosa cuyanita i el tesoro aun mas hermoso del Cenizal...

Estaba convencido, pero faltaba todavía lo principal i dije al dichoso esposo: «Admito, señor, que us-ed tiene el derrotero, pero, ¿dónde está el Cenizal?»

El interrogado me miró con ojos llenos de compasion, como quien mira a un infeliz mentecato i me contestó: «Usted, curita, es como Santo Tomas: ver, tocar i creer. ¿Qué diria, pues, el tomístico señor cura, si yo agregara que

puna me cortaba la respiracion! i siempre subir i bajar! qué cuestras! que quebradas!.....

Todo el dia anduve por esos precipicios. Al llegar la noche tenia una fiebre que a ratos me hacia enloquecer. Mi boca estaba seca i mi lengua parecia haberse cambiado en un trozo de madera sin cepillar.

Todo el dia el temporal habia hecho furor i llegaba la noche con el mismo frio de la anterior, mientras yo tenia ménos fuerzas para tolerarlo i Toconao no aparecia. Entónces, mi querido amigo, me creí perdido. Bajé a una quebrada adonde ví una cueva en la que me tendí, resguardado del viento i por consiguiente del frio, Principié a pensar en la muerte. Hice mentalmente mi última confesion, mezclándola con ataques de tos que parecian despedazarme el pecho, cortándola con algunas oraciones. En esta

usted, ambos verán que yo, yo mismo, he descubierto el Cenizal, i compartirán mi suerte.»

El cura encendió un cigarrillo como para darse un rato de descanso i prosiguió:

Yo, señores, soi hombre que no gusto de dilaciones innecesarias ni puedo tolerar largas incertidumbres. Repliqué, pues, a don José Antonio: «Está bien, señor, vamos allá, pero pronto, pues si usted capeó el temporal de la semana pasada, ¿quién nos garantiza de que pronto no tengamos otro?.... No contemos con largas bonanzas!... El tiempo es por el momento mui propicio... Fijemos, pues, el lunes próximo para la salida de nuestra espedicion.—«Aceptado», dijeron a una voz don José Antonio i don Heriberto, «la salida será el lunes i que Dios nos ayude!...»

III

La expedición descubridora

Pasaba todo esto el jueves que precedió en ese año a la fiesta del Apóstol Santiago, que, como ustedes saben, cae a fines de Julio. Hermosa época para expedicionar en la cordillera!... Muchas veces despues he cavilado sobre si estaríamos locos los tres actores de este descubrimiento, porque Julio es el peormes del año, mes de temporales repentinos i largos, que matan sin remision al viajero sorprendido en las profundidades de las cordilleras.

Locos estaríamos o jóvenes...que tanto da... Lo cierto es que yo, con permiso de mi prelado, i don Heriberto, con el del intendente de la provincia, nos lanzamos, en seguimiento de don José An-

tonio, a buscar el Vellochino de Oro... Nuevos Argonautas, buscábamos un tesoro inaudito, cuyo hallazgo iba a darnos fortuna i celebridad.

Bien provistos de todos los pertrechos necesarios i superiormente montados, entramos a la cordillera i al cabo de cuatro dias de un viaje mui duro llegamos a divisar una llanura que don José Antonio saludó de léjos con emocion... así como los romeros musulmanes saludan a la ciudad santa de la Meca.

Por mas que abriera los ojos, yo no veia los tres cerritos... Todo lo que veia era una llanura como hai tantas en esas rejiones... blanca i desnuda... un desierto!... Pero, de pronto, oí una palabra que me convirtió repentinamente.

Al lado mio cabalgaban dos de nuestros sirvientes. Uno de ellos dijo: «Este llano es el de Leber.»

—¡Leber! Leber!... Palabra mágica,

señores, en ese sitio, pues han de saber ustedes que, en lengua atacameña, «Leber» significa «Plata»... ¿Con que este es el llano de la plata?... En ese momento contemplé el llano con detencion i allá, lejos, mui lejos, ví tres cerritos que se destacaban claramente.

¡Dichoso don José Antonio!... exclamé yo *sotto voce*. ¡Dichoso yo! ¡Mañana sere-
mos ricos!... i entónces, señores, me acordé de mis pobres indios, de mi iglesia que era pobre de solemnidad, de mi casa que era un rancho, de mi biblioteca que no merecia tal nombre, de todo, todo... lo que la plata, esa bruja bendita i maldita, puede remediar... Daba gracias a Dios por tanto beneficio i decia: «Bien sabia yo que un dia habia por fin de ser feliz»... i me acordaba de Horacio, el poeta de la mediania dorada, *aurea mediocritas*.... solo que ella seria plateada para mí.... ¡Qué minutos de

alegría fueron aquellos!... Habría yo abrazado a don José Antonio, a don Heriberto, a los mozos i hasta, quizás, a las cabalgaduras... pues, como ustedes saben, la alegría estremada es naturalmente afectuosa... Pero tuve que dominar mis impulsos en obsequio a la gravedad que mi profesión requiere...

Esto pasaba el jueves, que siguió a nuestra salida. Alojamos esa noche en medio del llano de Leber i, despues de una noche sin sueño, por causa de los muchos sueños dorados que evocaba en nosotros el cercano tesoro, el viernes, mui de madrugada, nos dirigimos hácia los tres cerritos.

Estos, a cada paso de nuestras mulas, se diseñaban con mayor claridad i nuestros ojos hipnotizados no podían desprenderse del mas chico, del «Benjamin» de los cerros hermanos.

Por fin llegamos a un trecho ceni-

ciento en que nuestras cabalgaduras, muy ajenas a nuestro entusiasmo, parecían querer enterrarse vivas... «El Cenizal» dijimos en voz baja, para no ser oídos de los sirvientes... «Cenizas.... Cenizal!... Es claro!... El riachuelito.... la vega... helos aquí... ¡allá están los tres cerritos... Dios mío!... Es cierto... cierto... cierto!...»

Vadeamos sin dificultad el hilo de agua medio congelada ¡los mozos principiaron a preparar el alojamiento. Don José Antonio, el subdelegado ¡«vuestro capellán», nos fuimos como por entretenimiento hacia el mas bajo de los cerritos...

(Llegado a este punto, el clérigo se detuvo un momento ¡miró con melancolía los espirales azules que brotaban de su cigarrillo...)

—Lo confieso, señores,—agregó luego con una emoción que el recuerdo hacia

comunicativa,—lo confieso... Mi corazón latía con fuerza en ese momento. Nó por causa de los cuatro mil metros de altura... Nó!... Latía de emoción... Pónganse ustedes en mi lugar... Imagínense que no llegan aun a los treinta años i díganme si aquello no era para enfermarse del corazón...

El cura suspiró i continuó: Un descubrimiento tan colosal!... ¿Quién sabe si mi aneurisma no nació allí?

Marchábamos en silencio... Don José Antonio, tan emocionado como yo, aunque mas viejo, contemplaba al cerrito con ojos místicos i don Heriberto, sin inmutarse, (pues debía a su larga magistratura hábitos de impasibilidad), caminaba pensativo... Llegamos...

Las piedras negras cubrían las laderas del cerro i, en partes, dificultaban el ascenso. Alcé una con temor sagrado... i noté, al principio, que su peso no tenía

nada de extraordinario... Don Heriberto alzó otra i la lanzó pronto, mirándome con ojos estóicos cuyo lenguaje no comprendí, aunque me turbó... Don Juan Antonio no corria... volaba. Ya llegaba a la cumbre, cerca del murallon, que se perfilaba allá en la altura como la nariz burlona de un Cyrano colosal.

Nos llamó a grito herido: «Vengan, vengan!... Apresuré el paso i, a cada tranco que daba hacía arriba, ví que la nariz de piedra se volvía mas burlona... hasta que don Heriberto estalló... Con una palabra enérgica me hizo despertar... «Don Enrique, don Enrique... este hombre está loco...! esas piedras son pura lava... i nada mas!...»

Estábamos en la cumbre. Don José Antonio, de pié sobre la veta enorme, no hallaba como manifestar su entusiasmo i nosotros... cómo esconder nuestra decepcion... porque, señores, ya habian

muerto mis ilusiones como murieron las del subdelegado... de un solo golpe. Mientras tanto don José Antonio, cada vez mas exaltado, hablaba i hablaba. De un salto se puso a nuestro lado i, abrazándonos tiernamente, nos dijo: «Bien podemos, señores, darnos aquí, en este sitio que pronto será el mas célebre del continente americano, el abrazo de la fraternidad!»

—¡Pobre descubridor!.... Aceptamos con resignacion el solemne abrazo.... pero ¿cómo convencer a don José Antonio de su engaño?... Don Heriberto dijo con voz mas que seria: «Señores, el entusiasmo mas justificado no puede dispensarnos de almorzar... Bajemos i allá en el vivac examinaremos el mérito de este famoso descubrimiento!.... porque, en verdad, hemos descubierto algo que redundará en provecho de nosotros tres...»

Al oír estas palabras i al ver en mis labios una sonrisa que no pude reprimir oportunamente, el descubridor nos miró a ambos con cierta sospecha, pero calló i bajó en busca del almuerzo.

Como vió que ni hablábamos siquiera del descubrimiento, don José Antonio nos dijo con tono algo avinagrado: «Parece, señores, que aun dudan ustedes... ¿Será cierto?...»

Sonrióse el cura al recordar esa hora trágicómica i agregó:

—Yo, señores, miraba con cierta compasión al iluso descubridor... Era mi amigo, al fin, i como el viaje era para mí un paseo, poco se me daba por la pérdida de mis ilusiones. Pero no pasaba lo mismo con el subdelegado.

Excelente amigo, don Heriberto era, además, subdelegado, (i esto significa que el representante del Poder Ejecutivo no gusta de bromas); agréguese que

como padre de familia i hacendado, un viaje como éste representaba gastos i pérdidas apreciables... Mui paciente de ordinario, tenia don Heriberto el defecto (o la cualidad) de todos los pacientes, que es de soltar en un minuto todo lo que su moderacion les hace guardar callado en un mes.

«Sí, señor, dijo don Heriberto, el descubrimiento es maravilloso, pero no en el sentido que usted piensa... Nunca se hizo ni se hará otro igual... Hemos descubierto un cerro de lava volcánica mui hermosa... En cuanto a plata, señor don José Antonio, hai tanta aquí como en mis ojos... Sí, señor cura, hemos descubierto tres cerros. Al mas alto lo llamaremos: El Simplon del Cura; al mediano: El Simplazo del Subdelegado, i al chico...»

Válgame Dios!... En ese momento don Juan Antonio, lleno de ira, brincó i

se levantó como empujado por un resorte i, a no haber yo intervenido con rapidez, quizás El Cenizal se hubiera teñido con sangre jenerosa... Pero ambos contendientes eran buenos cristianos i obedeciendo a su cura, que era su amigo, contuvieron su enojo.

IV

El regreso

¿Quién pintará la tristeza que, cual velo mortuario, cubrió desde esta hora aciaga nuestro campamento?

Para un psicólogo, formábamos un triple e interesante objeto de observacion... Un escultor, al mirarnos, hubiera creído ver la personificacion del Desengaño...

Pero ¿qué hacer en esas soledades i en época de tormentas?... Nada... La

cuestion era regresar i, ante todo, alejarnos pronto de esa miserable trinidad de cerros, cuya vista, antes tan simpática, se nos habia tornado intolerablemente odiosa...

Cabizbajos organizamos la vuelta.

Tratábase de llegar el sábado a un pueblo de indios, donde debia yo celebrar la misa del domingo.

Llegamos oportunamente i, ayudado por el melancólico don José Antonio, celebré el santo sacrificio, al que asistían numerosos indios, mis feligreses. Después del Evangelio, empecé a explicar la conocida palabra de Cristo: «Buscad primero el reino de Dios i lo demás os será dado por añadidura.» Espliqué que los mas, en este mundo materialista, buscamos primero la «añadidura» i que, para conseguirla, no trepidamos en arriesgar la vida... «Para nosotros ni el frio, ni las cordilleras, ni la muerte son un

obstáculo... Ah! Si buscáramos con igual teson el reino de Dios, talvez, a la orilla del camino, hallaríamos el objeto de nuestra ambicion i las piedras que alzaríamos no serian lava sino oro puro... ¿Quién sabe si Dios no castiga a veces la codicia cambiando en piedra vulgar el metal fino hallado fuera del camino de la verdad!...

En ese momento, don Heriberto inclinaba la cabeza; pero don José Antonio me miraba con un par de ojos que parecian pistolas....

Al llegar a la sacristia, lanzó el misal con violencia sobre la mesa i me dijo: «Cura, dé gracias a Dios porque soi hijo de veinte jeneraciones de cristianos... Ahora comprendo que uno pueda volverse anti-clerical...»

Le apecigué como pude, pero él me repetia siempre: «Nunca se habla de la cuerda en la casa del ahorcado.»

V

Despues

Regresamos, finalmente, a San Ponciano, i juré que esta seria la última expedicion minera de mi vida... Tamaña desilusion obró en mí a modo de terremoto... Perdí toda fé en minas, mineros i derroteros

El cura habia concluido.

«—Señor don Enrique, dije yo al sacerdote, algo falta en su relato. ¿Cómo pudieron ustedes regresar tranquilos sin antes haber cateado toda la vecindad i los demas cerritos?»

Todos los convidados del minero santiaguino eran del mismo parecer. Despues de una larga i animada discusion se declaró que los tres Argonautas no habian cumplido con su deber i que la cuestion del Cenizal permanecía abierta.

Mientras discutíamos, don Enrique Valverde fumaba tranquilamente su cigarrillo i una sonrisa escéptica se dibujaba sobre sus labios. Silencioso i pensativo era la «Estátua del Desengaño», pero de un desengaño definitivo, porque en él no se divisaba la huella de la amargura.

Al fin, como para concluir la discusión, el desengañado cura nos dijo:

—Caballeros, ya conocen ustedes el derrotero... La cordillera está abierta... Talvez la suerte sea mas favorable esta vez... Pero los que vayan, irán sin mí....

